

La nueva frontera norte: entre la devaluación y la 187

ALEJANDRO MUNGARAY

JUAN MANUEL OCEGUEDA*

INTRODUCCIÓN

La migración y la devaluación adquieren de vez en vez un papel relevante en la compleja problemática de la zona fronteriza del norte de México. La migración, un problema permanente, hoy se agrava por una nueva ola de racismo al otro lado de la frontera, que en California se manifiesta en el impulso a la propuesta 187. La devaluación es un suceso periódico que refleja debilidades estructurales de la economía mexicana con efectos adversos en todo el país, pero que en la franja fronteriza adquieren dimensiones mayúsculas por la fuerte interrelación de las economías estadounidense y mexicana.

La devaluación se asocia a debilidades estructurales de una planta productiva que no puede sostener ritmos de crecimiento de la productividad similares a los de sus socios comerciales ni, por tanto, mantener niveles aceptables de competitividad internacional. En consecuencia, se asocia a una dependencia financiera del exterior, ante la incapacidad para generar el ahorro nacional suficiente para financiar las actividades productivas. La migración, por su parte, constituye una respuesta social natural a la falta de oportunidades de empleo productivo en el territorio nacional, que obliga a sectores poblacionales importantes a emigrar en busca del empleo y las alternativas de subsistencia que su "terruño" no les brinda.

En este trabajo se analiza el efecto que las devaluaciones y los flujos migratorios han tenido en la economía y la vida fronterizas, para concluir con las consecuencias en la zona que la

última devaluación y propuestas como la 187 pudieran tener en el corto plazo. Se presentan argumentos en favor de la idea de que existía información económica suficiente para tomar decisiones oportunas, como devaluar a tiempo o acelerar el deslizamiento del peso, que hubieran reducido significativamente los riesgos y los costos que hoy se enfrentan.

LAS DEVALUACIONES

Aunque las devaluaciones en México han sido un fenómeno recurrente en la vida económica desde 1905, las de 1976, 1982 y 1994 se significan por su gran efecto en las expectativas económicas y sociales de los mexicanos. La teoría señala que una devaluación es un incremento del precio de las monedas extranjeras expresado en la moneda nacional, que incrementa el precio relativo de los bienes importados por el país que devalúa y reduce el precio relativo de las exportaciones de dicho país.¹ Por ello la devaluación suele utilizarse como una medida defensiva para equilibrar la balanza comercial de una nación que presenta déficit o como un mecanismo inductor de reformas orientadas a liberalizar una economía.² Si bien la devaluación hace más competitivos los productos nacionales en el exterior y estimula las exportaciones, el equilibrio comercial externo sólo se alcanza si se acompaña de una contracción del ingreso nacional que limite la capacidad de importación del país.

Los tipos de cambio tienden a ajustarse de acuerdo con la oferta y demanda de divisas. En consecuencia, las fluctuacio-

* El primero es investigador de tiempo completo de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Baja California y Secretario Académico de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), y el segundo es estudiante del Doctorado en Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. R. Dornbush y S. Fisher, *Macroeconomía*, Mc Graw Hill, México, 5a. ed., 1992.

2. Banco Mundial, *Apertura. Liberalización del comercio exterior en los países en desarrollo*, Legis, Bogotá, 1991.

nes de la paridad cambiaria están estrechamente vinculadas a las exportaciones e importaciones y a las salidas y entradas de capital. El volumen de las primeras depende en gran medida de la competitividad de los productos de un país, es decir, de los niveles de productividad e inflación internos comparados con los externos, y de la magnitud del ingreso nacional. Por su parte, los flujos de capital están determinados por los diferenciales de rentabilidad y las tasas de interés interiores con respecto a las exteriores. Si la banca central se empeña en sostener una paridad cambiaria fija o dentro de ciertos márgenes con respecto a una divisa, debe comprar y vender su moneda, cualquiera que sea la cantidad, a un precio fijado en dicha divisa; esto es, debe financiar cualquier exceso de demanda de su moneda resultante de un superávit en la balanza de pagos y absorber cualquier exceso de oferta derivado de un déficit.

Para enfrentar contingencias relacionadas con situaciones deficitarias, los bancos centrales mantienen reservas internacionales de divisas formadas en períodos en que la balanza de pagos es superavitaria. Aunque su principal función es asegurar la realización de las transacciones comerciales y garantizar el cumplimiento de los diversos compromisos de pago del país con el exterior en un cierto período, frecuentemente se emplean para sostener la paridad cambiaria.

Existen múltiples enfoques para explicar por qué ocurren las devaluaciones, pero todos se enmarcan dentro de dos vertientes. Las llamadas teorías tradicionales explican los movimientos de los tipos de cambio en el largo plazo y están representadas por dos posiciones fundamentales: la que establece que el equilibrio en la paridad cambiaria se alcanza en el punto en donde el saldo de la balanza comercial es nulo, y la que se basa en los diferenciales de precios relativos entre los países. Entre estas últimas se encuentra la teoría de la paridad del poder de compra, que sostiene que el tipo de cambio nominal de una moneda tiende a ajustarse de acuerdo con los diferenciales de inflación entre el país en cuestión y el país donde rige la moneda con la que se está comparando, para mantener inalterado el tipo de cambio real.³ Esta teoría parece describir adecuadamente el comportamiento tendencial de los tipos de cambio en el largo plazo, sobre todo cuando los diferenciales inflacionarios entre los socios comerciales son grandes, como sucede en el caso de México y Estados Unidos.⁴

En esta perspectiva, si un país no modifica su tipo de cambio con respecto a las monedas de sus socios comerciales de acuerdo con las diferencias de inflación, estará alentando un proceso de sobrevaluación de su moneda que se traducirá en déficit en su sector externo. Si, por el contrario, altera su tipo de cambio en una proporción superior a las diferencias de inflación, la estará subvaluando y generando superávit. El sostenimiento de situaciones de subvaluación o sobrevaluación de los tipos de cambio no puede prolongarse por mucho tiempo, pues los desequilibrios que se generan terminan por inducir ajustes tarde o temprano.

Las llamadas teorías modernas destacan las perturbaciones del mercado de capitales para explicar los ajustes del tipo de

cambio en el corto plazo, a partir de variaciones en la cuenta de capitales y en las reservas internacionales y de alteraciones en los agregados monetarios (exceso o escasez de dinero) y en la tasa de sustitución de los distintos tipos de activos financieros nacionales e internacionales, lo cual a su vez depende del grado de liquidez, las leyes fiscales y el riesgo.⁵

El proceso de industrialización en México vía sustitución de importaciones adoleció de serias debilidades derivadas del desarrollo de un sector industrial altamente importador de bienes intermedios y de capital, que condicionó una dependencia tecnológica y financiera del exterior.⁶ La conformación de una planta industrial insolvente para financiar sus requerimientos de bienes importados generó la necesidad de estrategias para financiar los desequilibrios externos que su crecimiento provocaba. La agricultura fue por años parte fundamental de dichas estrategias de financiamiento industrial, al convertirse en una fuente importante de captación de divisas; sin embargo, la caída de los precios internacionales de los productos primarios y la contracción del mercado mundial para este tipo de bienes a finales del decenio de los cincuenta desarticulaban esta complementariedad entre agricultura e industria. Desde entonces se ha recurrido sistemáticamente al ahorro foráneo mediante inversión directa, de cartera y endeudamiento para financiar los permanentes desajustes externos.

El modelo proteccionista y la orientación industrial hacia el mercado interno frenaron la competitividad de la planta productiva local al desproveerla de estímulos para la productividad y su modernización. Esto limitó la inserción exitosa de México en los mercados internacionales y, consecuentemente, sus posibilidades de alcanzar autosuficiencia financiera. Por otra parte, como el endeudamiento exterior y la inversión extranjera no se utilizaron para la conformación de un sólido sector exportador de manufacturas, generaron un problema adicional que se tradujo en escasez de divisas para financiar el déficit comercial, el pago de intereses y la remesa de utilidades correspondientes. En ese sentido, se pensó que un modelo de economía abierta ayudaría a superar tales desajustes en el sector externo, en la medida en que sometería a la planta productiva nacional a presiones de la competencia internacional y liberaría espacios a la inver-

5. E. Loría, *op. cit.*

6. En realidad el proceso de industrialización mexicano distingue dos etapas claramente diferenciables en cuanto al grado de dependencia externa. En la primera (decenios de los cuarenta y cincuenta) se desarrolla una industria liviana orientada fundamentalmente a la producción de bienes de consumo final no duraderos (bienes-salario), que aunque requiere de la importación de bienes de capital, consume básicamente materias primas de origen nacional. En la segunda, la expansión industrial está determinada básicamente por la producción de bienes de consumo final duraderos (aparatos electrodomésticos, insumos industriales y equipo), cuya fabricación no sólo requiere de la importación de tecnologías y equipo industrial nuevo, sino también en gran medida de materias primas y refacciones que no se producen en el país. Este tipo de industria profundizó la dependencia tecnológica del país y determinó desequilibrios externos estructurales. Para una descripción más amplia y detallada de estas fases véanse H. Guillén, *Orígenes de la crisis en México, 1940-1982*, Ediciones Era, México 1984, y M.A. Rivera y P. Gómez, "México: acumulación de capital y crisis en la década de los setenta", *Teoría y Política*, núm. 2, 1980.

3. E. Loría, "El peso mexicano, 1982-1993. ¿Está sobrevaluado?", *Ciencia Ergo Sum*, vol. 1, núm. 1, 1994, pp. 12-20.

4. R. Dornbush y S. Fisher, *op. cit.*

sión extranjera. Esto induciría la modernización del aparato productivo interno, ampliaría las posibilidades de crecimiento mediante nuevos mercados potencialmente disponibles y facilitaría el acceso a fuentes alternas de financiamiento exterior. Sin embargo, las evidencias recientes sobre el comportamiento de la balanza comercial y la vulnerabilidad de las estrategias adoptadas para financiar el crecimiento, ilustran la persistencia de los añejos desequilibrios del sector productivo aun en condiciones de economía abierta.

En la experiencia mexicana de las últimas dos décadas las devaluaciones se han asociado al crecimiento considerable del déficit comercial inabarcable a corto plazo y a las fugas masivas de capitales. Ambos fenómenos han hecho insostenible la paridad cambiaria, obligando al gobierno a devaluar ante la caída de las reservas internacionales. Por otro lado, las devaluaciones han tenido un efecto contradictorio en la estructura económica, pues si bien generan un demanda adicional para la planta productiva local al reorientar el gasto que se realiza en bienes del exterior hacia bienes nacionales, y al fomentar las exportaciones, también dan lugar a procesos inflacionarios agudos por el encarecimiento de los insumos importados. Ello hace que la competitividad ganada ante el exterior se vea mermada rápidamente, limitando la capacidad exportadora de la planta productiva local. De igual manera, en estos procesos inflacionarios se alienta una redistribución del ingreso que casi siempre opera en contra de los sectores sociales más desprotegidos, agudizándose los conflictos sociales.

En una economía donde el crecimiento económico se vincula al aumento de las importaciones, un tipo de cambio competitivo no es suficiente para superar los desequilibrios del sector externo.⁷ Se requiere la contracción de la actividad económica interna para frenar las importaciones, además de la expansión económica mundial para la absorción de mayores exportaciones manufactureras nacionales. Por otro lado, gran parte de las presiones sobre la balanza de pagos no se explican por problemas comerciales, sino por el pago de intereses y utilidades a los acreedores e inversionistas extranjeros.⁸ Aunque en el entorno descrito la devaluación pierde efectividad como medida para corregir las balanzas comercial y de pagos, sigue desempeñando un papel importante en el control de las dimensiones del déficit en la medida en que desestimula la importación de bienes de consumo.

Para comprender con mayor claridad cómo se han operado los procesos señalados, se analizan las experiencias de las devaluaciones de 1976, 1982 y 1994.

La devaluación de 1976

En 1976 ocurre la ruptura definitiva del modelo de desarrollo estabilizador que se había impulsado desde 1956, caracterizado por un fuerte crecimiento con estabilidad de precios y una

7. No obstante, un déficit comercial prolongado sustentado en la importación de bienes de producción puede no ser dañino, pues se reflejará en un mayor crecimiento económico.

8. J. Blanco, "Devaluación y política financiera", *Nexos*, núm. 52, abril de 1982.

política económica sostenida en la estabilidad cambiaria (el tipo de cambio se sostuvo en 12.50 pesos por un dólar durante 20 años). Para entonces los desequilibrios concentrados en gran medida en el sector externo mostraban la necesidad de cambios estructurales profundos.

La devaluación de 1976 tuvo múltiples causas: tendencia al crecimiento más acelerado de los costos de producción y de los precios internos en relación con los externos y pérdida de competitividad de las mercancías mexicanas en el exterior; desequilibrios crónicos y crecientes en la balanza comercial y de pagos, y déficit fiscales considerables con expansión monetaria excesiva sin un aumento correspondiente de la capacidad productiva.⁹ Las presiones inflacionarias internas se agravaron por la recesión mundial iniciada en 1973, la inestabilidad cambiaria internacional, la agudización de la inflación mundial y la creciente fuga de capitales que desde 1975 se convirtió en un verdadero problema.¹⁰

De 1970 a agosto de 1976 la sobrevaluación del peso pasó de 18.72 a 37.84 por ciento con respecto a 1956, año en que se había fijado la paridad vigente de 12.50 pesos por dólar. El crecimiento de los precios mayor que los de Estados Unidos, nuestro principal socio comercial, ocasionó que el déficit comercial se triplicara de 1970 a 1975 al pasar de 1 038.7 a 3 637 millones de dólares (véase el cuadro). En este contexto y ante la recesión mundial que limitaba los flujos internacionales de capitales, el ambiente hiperinflacionario que erosionaba aún más la competitividad de las exportaciones mexicanas y generaba un ambiente de incertidumbre generalizada para la inversión, se dio una fuga masiva de capitales (3 200 millones de dólares en 1976)¹¹ que obligó al gobierno a devaluar la moneda de 12.50 en agosto a 19.95 en diciembre.

Con la devaluación se aligeraron momentáneamente las presiones sobre la balanza de pagos al reducirse significativamente el déficit comercial (de 1975 a 1977 se redujo 70%, al pasar de 3 637 a 1 054.7 millones de dólares). La devaluación coincidió con un período en el que en escala mundial se abandonaban los sistemas de paridad fija establecidos en Bretton Woods. En consecuencia, la nueva realidad internacional influyó para la adopción de un sistema de flotación controlada en donde la paridad sería ajustada de acuerdo con la oferta y demanda de divisas. Al fijarse mecanismos de devaluación gradual se buscó evitar una nueva y brusca devaluación.

La devaluación de 1982

La crisis de 1976 planteó la necesidad de adoptar un nuevo modelo de desarrollo que permitiera superar los problemas internos que se manifestaban en el sector externo. Sin embargo, dos factores coyunturales retrasaron la reestructuración profunda

9. M.A. González, "Las devaluaciones en México", *Excelsior*, 1-4 de marzo de 1982.

10. J. Blanco, *op. cit.*

11. Este dato, así como otros que después se dan sobre fuga de capitales en 1981 y 1982, fueron tomados de A. Álvarez, *La crisis global del capitalismo en México, 1968-1985*, Ediciones Era, México, 1987.

ALGUNOS INDICADORES SOBRE TIPO DE CAMBIO Y SECTOR EXTERNO DE MÉXICO, 1956-1994

Año	TCN ¹	ÍNDICE DE PRECIOS			TCE	MSV (%)	Saldo de la balanza comercial	Saldo de la cuenta de capital	Variación de las reservas	Reservas
		México	Estados Unidos	TCR						
1956	12.50	100.0	100.0	12.50	12.50	-	- 264	83	61	-
1970	12.50	146.0	123.0	10.53	14.84	18.72	- 1 038	849	102	-
1971	12.50	152.0	126.0	10.36	15.08	20.64	- 890	896	200	-
1972	12.50	156.0	132.0	10.58	14.77	18.16	- 1 096	433	265	-
1973	12.50	180.0	149.0	10.35	15.10	20.80	- 1 821	2 051	122	-
1974	12.50	221.0	178.0	10.07	15.52	24.16	- 3 295	3 823	37	-
1975	12.50	244.0	194.0	9.94	15.72	25.76	- 3 637	5 459	165	-
1976 ^a	12.50	277.0	201.0	9.07	17.23	37.84	- 2 210	3 812	- 1 083	-
1976	15.44	100.0	100.0	15.44	15.44	-	- 2 644	5 070	- 1 004	-
1977	22.58	141.1	108.0	17.28	20.17	- 10.67	- 1 055	2 276	657	-
1978	22.77	163.2	116.4	16.24	21.65	- 4.92	- 1 854	3 254	434	-
1979	22.81	193.3	129.1	15.23	23.12	1.36	- 3 163	4 533	419	-
1980	22.95	240.4	147.7	14.10	25.13	9.50	- 3 700	11 948	1 151	4 004
1981	24.51	299.3	161.3	13.21	28.65	16.89	- 4 510	21 860	1 012	5 035
1982 ^b	26.43	348.1	166.1	12.61	32.36	22.44	- 636	3 456	- 1 458	-
1982 ^c	32.20	100.0	100.0	32.20	32.20	-	6 793	8 574	- 3 185	1 832
1983	120.01	329.5	107.1	39.04	99.07	- 17.45	13 761	- 1 106	3 101	4 933
1984	167.77	524.5	111.2	35.60	151.74	- 9.55	12 799	- 1 576	3 201	8 134
1985	256.44	858.8	115.6	34.52	239.22	- 6.72	8 406	- 1 276	- 2 328	5 806
1986	607.93	1 767.0	116.9	40.22	486.72	- 19.94	4 599	1 837	985	6 791
1987	1 369.40	4 579.4	122.0	36.48	1 208.70	- 11.74	8 433	1 199	6 924	3 175
1988	2 272.50	6 945.1	127.4	41.69	1 755.40	- 22.76	8 380	- 1 448	- 7 127	6 588
1989	2 461.80	8 313.1	133.4	39.50	2 006.60	- 18.49	- 2 596	3 037	271	6 860
1990	2 812.60	10 801.2	141.9	36.95	2 451.00	- 12.86	- 4 140	9 707	3 414	10 274
1991	3 017.90	12 831.2	145.5	34.22	2 839.60	- 5.91	- 11 064	24 940	7 821	18 095
1992	3 094.50	14 363.0	149.2	32.14	3 099.70	0.17	- 20 608	26 542	1 161	18 554
1993	3 155.30	15 770.6	154.0	30.81	3 297.50	4.51	- 19 527	30 882	6 083	24 500
1994 ^d	3 206.90	16 782.5	157.8	30.15	3 424.60	6.79	- 16 850	8 692	795	17 242

1. TCN: Tipo de cambio nominal. TCR: tipo de cambio real. TCE: tipo de cambio de equilibrio. MSV: margen de subvaluación (cuando es negativo) o de sobrevaluación (cuando es positivo). Los índices de precios de 1956 a enero de 1982 corresponden al índice de precios al mayoreo y de febrero de 1982 hasta 1994 al índice nacional de precios al consumidor. Las columnas 7-10 son en miles de millones de dólares.

a. Las columnas 1-6 son datos que corresponden a enero-agosto. Para las columnas 7-9 los datos son de enero-septiembre.

b. Las columnas 1-6 son datos que corresponden a enero. Para las columnas 7-9 los datos son de enero-marzo.

c. Las columnas 1-6 son datos para febrero. Las columnas 7-10 son datos enero-diciembre.

d. Las columnas 1-6 son datos para enero-junio. La columna 7 corresponde a enero-noviembre y las 8-9 a enero-marzo. El dato de la columna 10 es hasta el mes de octubre.

$$TCR = TCN \frac{IP E.U.}{IP Mex.}$$

$$TCE = TCN_b \frac{IP Mex.}{IP E.U.}$$

$$TCN_b: TCN \text{ del año base} \quad MSV = \left[\frac{TCE}{TCN} (100) \right] - 100$$

Nota: La información de 1993 y 1994 de la balanza de pagos incluye el rubro de maquiladoras.

Fuentes: INEGI, *Estadísticas históricas de México* (segunda edición), 1990; *Cuadernos de Información Oportuna*, varios números y años. Banco de México, *Indicadores Económicos*, varios números y años; *Boletín de Indicadores Económicos Internacionales*, varios números y años. Bancomext, *Comercio Exterior*, varios números y años. Eduardo Loría, "El peso mexicano 1982-1993 ¿Está sobrevaluado?", *Ciencia Ergo Sum*, vol.1, núm.1, 1994.

del aparato productivo: el incremento del precio internacional del petróleo y la consecuente sobreliquidez, la cual se tradujo en una abundancia de capitales en los mercados financieros internacionales. Al amparo de los elevados ingresos de divisas por exportaciones de petróleo y del crecimiento del endeudamiento externo, se auspiciaron subsidios al capital privado por medio de divisas baratas que permitían financiar sus importaciones y se emprendieron estrategias expansivas en materia fiscal

y monetaria. En consecuencia, entre 1977 y 1981 se experimentó un proceso de crecimiento en el empleo, la producción y la inversión.

Estas condiciones generaron fuertes presiones internas para el crecimiento de los precios, que aunadas a las que transmitía la economía mundial por la vía de las importaciones, derivaron en una sobrevaluación acelerada del peso que deprimió las exportaciones y estimuló aceleradamente las importaciones, cuyo

coeficiente creció de .70 a .95.¹² Después de la devaluación de 1976, el peso sólo permaneció subvaluado los años de 1977 y 1978; en 1979 alcanzó un margen de sobrevaluación modesto que se incrementó rápidamente hasta llegar en enero de 1982 a un nivel de 22.44% en relación con 1976.¹³ Ello se reflejó en un aumento del déficit comercial que ascendió ininterrumpidamente de 1 054.7 millones de dólares en 1977 a 4 510 millones en 1981 (véase el cuadro).

El aumento desmedido del déficit en la balanza comercial originó un círculo vicioso que empeoró la situación del país. Se tenía que atraer ahorro foráneo para financiar el déficit, por lo que se adoptó deliberadamente una política de tasas de interés elevadas. Esto reforzaba las tendencias inflacionarias, acrecentándose la brecha existente con respecto a la inflación de Estados Unidos. Consecuentemente, aumentaba la sobrevaluación del peso y se incrementaba el déficit comercial.¹⁴

Los factores anteriores, aunados a los crecientes pagos de intereses por el servicio de la deuda externa, fueron conformando un ambiente desfavorable que finalmente hizo crisis en 1982, cuando cayeron los precios del petróleo en el mercado mundial y se elevaron vertiginosamente las tasas internacionales de interés. La conjugación de ambos hechos deterioró las dos fuentes principales de ingresos de divisas (ventas petroleras y deuda), dando lugar a una enorme transferencia de recursos hacia el exterior que agravó los problemas de pagos. La escasez de divisas reforzó las presiones devaluatorias existentes, pues provocó un pánico generalizado que alentó la fuga de capitales; tan sólo en 1981 salieron del país 10 900 millones de dólares y en 1982 otros 9 600 millones. Esto determinó en gran medida las dimensiones mayúsculas de la devaluación,¹⁵ pues estando el peso muy sobrevaluado, ante el inminente riesgo de quedarse sin reservas,¹⁶ el Banco de México decidió retirarse del mercado cambiario en febrero de 1982, dejando la fijación de la paridad peso-dólar al libre juego de las fuerzas del mercado.

En síntesis, inflación, déficit comercial, deuda externa y falta de rigor en el manejo de la política monetaria determinaron la devaluación de febrero de 1982. Después, otros factores prolongaron la inestabilidad y profundizaron sus efectos: explosión de precios, nueva baja en los precios internacionales del petróleo y ausencia de autoridad en el manejo de los criterios para asignar selectivamente la disponibilidad de divisas.¹⁷

12. La sobrevaluación acelerada del peso en el período 1976-1982 obedeció a la elevada inflación en México con respecto a la de Estados Unidos. Así, aunque la paridad del peso se mantuvo en un régimen de flotación, el ritmo de deslizamiento de la paridad cambiaria fue inferior al ritmo en que creció la brecha inflacionaria entre ambos países.

13. C. Ruiz Durán, "Causas, efectos y alternativas al maxiajuste cambiario", *El Economista Mexicano*, núm. 2, marzo-abril de 1982, pp. 5-9, y J. Tamayo, "La frontera norte de México y la crisis de 1982. Algunos comentarios preliminares", *Estudios Fronterizos*, vol. 1, mayo-agosto de 1983, pp. 153-170.

14. J. Blanco, *op. cit.*

15. Entre 1982 y 1983 el tipo de cambio pasó de 26.43 a 120.01 pesos por dólar, que significó el principio de una caída abismal del peso frente al dólar que empezó a estabilizarse sólo a partir de 1990.

16. Las reservas internacionales del Banco de México pasaron de 5 035 millones de dólares en 1981 a 1 832 millones en 1982.

17. M. López, "La devaluación perpetua", *Nexos*, núm. 52, abril de 1982.

La devaluación de 1994

La crisis de 1982 terminó por desacreditar el modelo sustitutivo de importaciones, cuyas primeras manifestaciones de agotamiento aparecieron a principios de los setenta, aunque fue sostenido gracias al auge petrolero y a la afluencia abundante de capitales externos. Los problemas económicos, comerciales y financieros que sobrevinieron, justificaron la urgencia de emprender un proyecto de restructuración de la planta productiva nacional por medio de la denominada política del cambio estructural para modernizar el sector industrial y reorientarlo hacia los mercados externos impulsando las exportaciones manufactureras y desmantelando el sistema proteccionista; sanear las finanzas públicas desapareciendo los subsidios estatales; desregular la economía desincorporando el sector paraestatal, y promover la inversión extranjera.

Para superar los desajustes estructurales externos, se adoptó el criterio de aumentar la capacidad exportadora nacional, diversificar las exportaciones y orientarlas básicamente al sector manufacturero. Esto requería la elevación de la productividad y la competitividad industrial a partir de la reconversión del aparato productivo. Para lograr estos objetivos se generaron estímulos de mercado que obligaran a las empresas a tomar medidas en la dirección deseada. En ese sentido, se pensó que la apertura del mercado interno a los productos del exterior era una estrategia adecuada, pues obligaría a las empresas nacionales a restructurarse bajo las presiones de la competencia y ayudaría a contener la hiperinflación existente. Adicionalmente se recurrió a la inversión extranjera, pues sin capital y acceso al crédito internacional no existía otra fuente para financiar el crecimiento económico del país.

Una estrategia de liberalización comercial no era suficiente para alcanzar los objetivos modernizadores. Fue necesario eliminar trabas y regulaciones excesivas que mermaban la rentabilidad del capital, para lo cual se inició un proceso de desincorporación de las empresas estatales, que liberó espacios atractivos a la inversión externa y a los grupos privados locales, buscando con ello sanear las finanzas del Estado.

La nueva estrategia económica para inducir la transformación productiva se acompañó de medidas fiscales y monetarias restrictivas y de una política cambiaria de subvaluación de la moneda. El peso fue sometido a una dinámica de flotación con un deslizamiento acelerado que superó el ritmo de crecimiento de la brecha inflacionaria con Estados Unidos. Si bien se alcanzó por primera vez en muchos años un superávit comercial en el sector externo entre 1982 y 1988, éste estuvo determinado más por la contracción de las importaciones que por el incremento de las exportaciones. Esto significa que si bien la política de cambios contribuyó de manera importante a la obtención de estos resultados, la desaceleración de la actividad económica desempeñó un papel fundamental.¹⁸

De 1982 a 1988 la economía mexicana permaneció estancada; el PIB a precios constantes registró un crecimiento absoluto inferior a 1% en todo ese período, mientras que la población en

18. A. Mungaray y P. Moctezuma, "Entendiendo el sector externo de la economía mexicana", *Paradigmas*, núm. 7, 1994, pp. 50-58.

un lapso similar (1980-1990) tuvo un incremento de 21.5%, lo cual se tradujo en un deterioro significativo del nivel de vida de los mexicanos. Sin embargo, a partir de 1988 la economía nacional entró en una fase de recuperación y el PIB creció 3.3% en 1989, 4.5% en 1990, 3.6% en 1991 y 2.8% en 1992, tasas que resultaban elevadas en un entorno internacional de bajo crecimiento. Para muchos economistas el proyecto iniciado por el presidente Miguel de la Madrid había empezado a madurar y se obtenían los primeros resultados. Aunque en 1993 se presentó una sensible desaceleración de la economía —el PIB sólo creció 0.4%— ésta se atribuyó a factores internacionales y a las políticas restrictivas en materia fiscal y monetaria. La contención de la inflación de una tasa de 131.8% anual en 1987 a 9.8% en 1993, fue vista como el mayor éxito del sexenio del presidente Salinas.

La estrategia antiinflacionaria que antepuso el control de precios a cualquier otro objetivo, inclusive el de crecimiento, determinó un cambio sustancial en la política cambiaria de subvaluación del peso que se había seguido desde 1982. En aras de eliminar la incidencia en los precios internos se fue disminuyendo la velocidad de deslizamiento del peso, hasta que en 1992 aparecieron las primeras evidencias de sobrevaluación en la tendencia de largo plazo. Aunque ésta era modesta, apenas 0.17% con respecto a febrero de 1982, economistas como Rudiger Dornbush y Paul Krugman, ambos del Instituto Tecnológico de Massachusetts, empezaron a señalar el fenómeno y a sugerir la necesidad de revertir dichas tendencias con oportunidad, pues el combate de la inflación con la sobrevaluación forzaría al alza las tasas de interés y al deterioro del presupuesto.¹⁹ Cabe señalar que si bien el margen de sobrevaluación con respecto al año base considerado en el cuadro es insignificante, la tendencia a la sobrevaluación es clara y acelerada después de 1988.

En el plano comercial la disminución del margen de subvaluación del peso y el mayor crecimiento, aunado a la liberalización del mercado nacional, se reflejaron en un crecimiento considerable del déficit después de 1991, cuando alcanzó 11 064 millones de dólares, casi tres veces mayor que el del año anterior (4 140 millones). La tendencia continuó y el de 1992 duplicó el de 1991, situándose en 20 608 millones. En 1993 fue de 19 527 millones de dólares y hasta noviembre de 1994 de 16 850 millones. El margen de sobrevaluación del peso también se incrementó, llegando a 6.8% en 1994 hasta antes de la devaluación. Si bien no alcanzó los niveles observados en 1976 (37.84%) o en 1982 (22.44%) en los períodos previos a las devaluaciones, la consolidación de la tendencia era clara y ya desde mediados de 1994 se fortalecían las expectativas de que pasado el proceso para la elección de Presidente de la República o asumiendo el poder el nuevo gobierno, habría devaluación.

El gobierno no realizó medidas correctivas oportunas debido a la obsesiva preocupación por controlar la inflación y a la gran afluencia de capitales en inversión productiva y de portafolio²⁰ atraídos por los elevados rendimientos que ofrecían los

valores mexicanos de renta variable, tanto por las expectativas que despertaba el TLC y los espacios que abrió el gobierno con su política de privatizaciones, como por las elevadas reservas internacionales del Banco de México, que alcanzaron niveles inéditos en la historia del país: 18 554 millones de dólares en 1992 y 24 500 millones en 1993. Ello permitía financiar holgadamente el déficit comercial, se fortalecía al peso y se aseguraba un crecimiento moderado de la economía. Sin embargo, como lo demostraron hechos posteriores, se trataba de una estabilidad sostenida sobre bases endebladas, pues dependía de flujos de inversión que estaban siendo colocados básicamente en instrumentos de corto plazo.²¹ En otras palabras, prorrogar la estabilidad bajo estas condiciones requería mantener las entradas abundantes de capitales y convencer a los ahorradores externos que habían adquirido valores mexicanos para que no se deshicieran de ellos.

Las expectativas existentes de una próxima devaluación se basaron en la sobrevaluación de la moneda y en el desequilibrio comercial creciente, más grave si se considera el déficit en cuenta corriente.²² Aunadas a la inestabilidad política del país, generaron incertidumbre y nerviosismo en los mercados financieros. Esto desató una ola especulativa contra el peso que al igual que en las experiencias de 1976 y 1982 se tradujo en una salida masiva de capitales. Esta realidad estuvo acompañada de una disminución sensible de las entradas a lo largo de todo el año como resultado de los eventos políticos.²³ Así, déficit comercial y en cuenta corriente, sobrevaluación, menores flujos de capital hacia el interior del país y mayores hacia el exterior, se conjugaron amenazando seriamente con agotar las reservas internacionales del Banco de México, que según el presidente Salinas al 1 de noviembre de 1994 eran de 17 242 millones de dólares. El gobierno aceptó la gravedad del problema cuando el 19 de diciembre de 1994 las reservas del país en poder de la banca central llegaron a 11 000 millones, es decir, se redujeron aproximadamente en 6 000 millones en un mes, lo que representaba 35% de las existencias totales. El 20 de diciembre el Secretario de Hacienda anunció una medida para incrementar la velocidad de deslizamiento del peso, ampliando el límite superior de la banda de fluctuación del tipo de cambio en 53 centavos, lo que significó en los hechos una devaluación de 30 por ciento.

La ampliación de la banda superior de flotación del peso, en lugar de estabilizar los mercados financieros los enloqueció, pues se hicieron evidentes las debilidades del sistema económico y de las reservas internacionales. Lo que vino después fue una ola especulativa que mermó aún más las reservas, por lo que el Banco de México decidió abandonar el peso a su suerte, dejando, igual

“79.1% del déficit en cuenta corriente del 94 se cubrió con reservas”, *La Jornada*, 23 de enero de 1995.

21. Según Vladimiro Brailowsky, director general de Economía Aplicada S.C., la deuda de corto plazo privada y pública asciende aproximadamente a 60 000 millones de dólares (declaración ofrecida en el programa televisivo Nexos que dirige Rolando Cordera, el 9 de febrero de 1995).

22. El déficit en cuenta corriente en 1994, según estimaciones de organismos e instituciones especializadas, hasta antes de la devaluación se aproximaba a los 30 000 millones de dólares.

23. Movimiento zapatista de enero y asesinatos de Luis Donald Colosio y José Francisco Ruiz Massieu en marzo y septiembre, respectivamente.

19. R. Dornbush, “Estabilización y crecimiento”, *Nuestra Economía*, vol. 1, núm. 3, septiembre-diciembre de 1989, pp. 7-13.

20. Según el Banco de México, de 1989 a 1994 el país recibió 95 184 millones de dólares de inversión extranjera, de los cuales 71 999 millones se dirigieron al mercado de valores. Juan Antonio Zúñiga,

que en 1982, que las fuerzas del mercado establecieran libremente la paridad cambiaria. En cuatro días, del 19 al 22 de diciembre, el dólar pasó de 3.40 a 6.00 nuevos pesos, aproximadamente, lo que significó una devaluación cercana a 80%. Las reservas siguieron un descenso vertiginoso: a finales de diciembre se situaron en 6 148 millones de dólares, al término de la primera semana de 1995 en 5 546 millones y a finales de enero en 3 483 millones. El problema se complicó por la desconfianza y el pánico que genera esta situación, si se considera que nada más en Tesobonos vencerán 17 200 millones de dólares entre febrero y agosto. No obstante, la comunidad internacional liderada por Estados Unidos organizó un paquete de rescate por 50 759 millones, que eventualmente serían utilizados si los propietarios de los documentos por vencerse deciden retirar su dinero. Con ello se busca más que nada restablecer la confianza sobre la capacidad de pago de México, para inducir a los inversionistas extranjeros a reinvertir sus ahorros en el país. De cualquier manera, el panorama de corto plazo es desalentador, pues sus efectos sociales se traducen en pérdida del poder adquisitivo del salario y en mayor desempleo, que agudizan las profundas desigualdades sociales.

Migración

En México el proceso migratorio del campo a las ciudades adquiere dimensiones extraordinarias después de la puesta en marcha de la Reforma Agraria, particularmente después de 1940. Entre 1910 y 1930 la población urbana pasó de 11.7 a 14.7 por ciento del total nacional, mientras que en 1950 ya representaba 33.49%; en 1960, 41.34%; en 1970, 49.7%; en 1980, 56.28%, y en 1990, 60.6%.²⁴

Los desplazamientos de mexicanos de unas a otras poblaciones, regiones o países, particularmente a Estados Unidos, han estado determinados en gran medida por la concentración de la actividad económica en áreas geográficas reducidas y por la búsqueda de mejores niveles de ingreso que permitan elevar las condiciones de vida.²⁵ La concentración del ingreso y las inequidades sociales que obligan a buscar una mejoría personal y familiar mediante empleos mejor pagados que no encuentran en sus lugares de origen, relacionan estrechamente la migración con una realidad de desequilibrios nacionales caracterizada por el desempleo, la pobreza y la marginación para amplios sectores sociales, que ven seriamente limitadas sus posibilidades de bienestar y desarrollo personal. Es en este sentido que ha quedado demostrado desde hace algún tiempo que el fenómeno migratorio se explica más por la búsqueda de beneficios individuales y colectivos que por el sólo crecimiento demográfico en el lugar de origen de los migrantes.²⁶

24. C. Ruiz Chiapetto, "El desarrollo del México urbano: cambio de protagonista", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 8, agosto de 1993, pp. 708-716, y M. Urbina y A. Sánchez, "Distribución de la población y desarrollo en México", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 7, julio de 1993, pp. 652-661. Se consideran poblaciones urbanas las que tienen 15 000 o más habitantes.

25. M. Alisky, "Migration and Unemployment in Mexico", *Current History*, vol. 82, núm. 488, diciembre de 1983, pp. 429-432.

26. J. Bustamante, "Migración interna e internacional y distribución del ingreso. La frontera norte de México", *Comercio Exterior*, vol. 34, núm. 9, septiembre de 1984, pp. 849-863.

Al principio los flujos migratorios se orientaron básicamente a la Ciudad de México y otras zonas metropolitanas (Estado de México, Guadalajara y Monterrey), vinculados íntimamente al proceso de industrialización que se operaba en esos centros urbanos. Sin embargo, la excesiva concentración demográfica que acumularon rápidamente, la disminución sensible de las oportunidades de empleo que de ello se derivó, la caída de las posibilidades de encontrar una mejor calidad de vida en estas zonas y los graves problemas sociales y urbanos que provocó el hacinamiento humano, generaron una reorientación de las corrientes migratorias en dirección a otras ciudades denominadas "medias", entre las que destacan las ciudades fronterizas de Mexicali, Tijuana y Ciudad Juárez, que desde 1960 se convirtieron en importantes receptoras de población migrante. Así, la frontera norte de México se transformó en un polo de atracción demográfica bajo la influencia de tres factores vinculados a su situación geográfica privilegiada: 1) su condición de puerta de entrada hacia el mundo desarrollado, que la convirtió en una "zona de paso" y de refugio para quienes querían ingresar o eran expulsados de Estados Unidos; 2) la apertura de fuentes de empleo derivada del establecimiento y expansión de la industria maquiladora, y 3) el dinamismo económico que brindaba su cercanía con Estados Unidos.²⁷

El poblamiento fronterizo se vinculó en un principio con los programas de braceros que Estados Unidos promovió a partir de 1942, para sustituir a los trabajadores estadounidenses movilizados por la guerra. En este entorno, las ciudades de la frontera norte se convirtieron en bases de concentración de emigrantes mexicanos, lo que se reflejó en un aumento considerable de sus habitantes. Entre 1940 y 1950 Tijuana y Reynosa cuadruplicaron su población, Ciudad Juárez, Mexicali y Matamoros la triplicaron, y Nuevo Laredo la duplicó.²⁸ Posteriormente, la franja fronteriza sufrió un nuevo impulso demográfico determinado por la proliferación de las empresas maquiladoras. Entre 1960 y 1970 Tijuana aumentó su población 115%; Reynosa, 85.1%; Mexicali, 66.4%; Nuevo Laredo, 60.2%; Ciudad Juárez, 52.6%, y Matamoros, 50%. En conjunto las ciudades fronterizas señaladas registraron una tasa de crecimiento poblacional promedio de 5.5% anual durante el período, tasa superior al 5.3% registrado en la zona metropolitana de la Ciudad de México, al 4.9% de Guadalajara y al 3.5% nacional.²⁹

Aunque la tasa de incremento de la población regional, considerando las entidades de Baja California, Sonora, Chihuahua y Tamaulipas, ha descendido de 4% anual en 1950-1970 a 2.3% anual en 1970-1990, esta área geográfica sigue siendo un importante centro receptor de grupos humanos, sobre todo en los ca-

27. B. González-Aréchiga, "Undocumented Mexicans on the Mexican Northern Border: Their Identity and Role in Regional Development", en J. Bustamante, C.W. Reynolds y R.A. Hinojosa-Ojeda (eds.), *U.S.-Mexico Relations. Labor Market Interdependence*, Strapod University Press, Stanford, 1992, pp. 319-352.

28. J. Revel, "La frontera México-Estados Unidos", *Cuadernos de Marcha*, segunda época, año III, núm. 16, México, noviembre-diciembre de 1981, pp. 7-16.

29. Porcentajes y tasas de crecimiento calculados con base en datos censables tomados de J. Revel, *op. cit.*, e INEGI, *Estadísticas históricas de México*, 1990.

sos de Baja California y Chihuahua, que se han convertido en dos de los estados nacionales que más crecen debido a fenómenos de migración. El primero tuvo entre 1980-1990 un saldo migratorio positivo de 302 000 personas, sólo superado por el Estado de México. El segundo observó una tendencia similar con un saldo de 136 000 personas en el mismo decenio, sólo rebasado por los dos estados anteriores, Quintana Roo y Morelos.³⁰

Desde mediados de los sesenta la región se transformó en un sobresaliente centro de maquila, un tipo de industria que se difundió por el mundo en vías de desarrollo desde la segunda mitad de los sesenta, como una respuesta del capital internacional a la crisis de rentabilidad en las zonas desarrolladas. Se trataba de desplazar las partes de los procesos productivos más intensivos en mano de obra a regiones en donde este insumo se podía obtener a costos reducidos. Obedeció también a una política de los gobiernos mexicano y estadounidense para frenar las crecientes corrientes migratorias que se estaban convirtiendo en un grave problema político y social para ambos países. Según Corona,³¹ hasta 1950 sólo 451 000 mexicanos habían cambiado su residencia a la nación vecina; sin embargo, para 1970 ya eran 788 000; en 1980, 2 199 000, y en 1990, 4 447 000 aproximadamente, lo cual habla de un crecimiento muy acelerado de la emigración a ese país (9% anual en promedio entre 1970-1990).

La búsqueda de soluciones para contener la invasión de trabajadores ilegales a Estados Unidos incluyen desde medidas que buscan atacar la raíz del problema, fomentado el empleo en México, hasta las manifestaciones xenofóbicas realizadas por organizaciones como el Ku Klux Klan. La repulsión del trabajador ilegal, aun cuando representa fuerza laboral barata que desempeña una función económica importante para los estados fronterizos de esa nación, tiene que ver con las presiones que ejercen sindicatos y otros sectores de la sociedad civil, que ven en ellos a competidores potenciales por los puestos de trabajo, así como un peligro latente para el sostenimiento de los altos niveles salariales. Por ello no es casual que las manifestaciones de racismo hacia la población hispano-latina principalmente, cobren fuerza en momentos de recesión económica que contraen significativamente el empleo.

Las crisis estadounidenses, frecuentes desde principios de los setenta, han tenido un efecto negativo en la economía fronteriza de México, no sólo porque se traducen en una intensificación de la lucha antiinmigrante, cuyos efectos demográficos lesionan la economía y la estabilidad de la región, sino también porque provoca otro tipo de secuelas derivadas de la acelerada integración económica con esa nación. En ese sentido, es notoria la caída de los ingresos y de las fuentes de empleo por menor afluencia turística, tanto de estadounidenses que dejan de demandar comida, artesanías y diversión, como de mexicano-estadounidenses que acuden regularmente por motivos culturales a consumir productos y servicios mexicanos.

Si bien la economía de la región es altamente susceptible a los cambios en la economía estadounidense,³² ello también opera

en sentido positivo, es decir, también se sienten rápidamente los beneficios de sus expansiones. En esos casos hay un mayor flujo de turistas estadounidenses y mexicano-estadounidenses provenientes del otro lado de la frontera, y un aumento de las actividades de maquila, lo cual se traduce en mayores ingresos y empleo en la zona; adicionalmente, existe una mayor absorción de fuerza de trabajo nacional en Estados Unidos que disminuye las presiones demográficas. En síntesis, la prosperidad, el crecimiento demográfico y también la problemática de la franja fronteriza, están muy relacionados con las condiciones económicas de Estados Unidos, a cuya economía está integrada.

DEVALUACIÓN Y PROPUESTA 187 EN LA FRONTERA NORTE

Los problemas económicos derivados del proceso de estabilización que se viven en México desde mediados de los años ochenta, en tanto han contribuido a la polarización de las desigualdades sociales, deprimiendo el empleo y los ingresos medios, han agudizado la problemática migratoria. Se ha registrado un aumento de la población económicamente activa (PEA) mucho más acelerado que el incremento del empleo formal. Entre 1979 y 1990, la PEA aumentó 24.66%, lo cual significa que aproximadamente 4.4 millones de personas se incorporaron al mercado laboral; no obstante, de 1980 a 1988 sólo se crearon 1 700 000 puestos de trabajo. Lo anterior significó un incremento del desempleo abierto de 3.3% en 1979 a 6.1% en 1989.³³ La gravedad del problema consiste ahora en que se han reducido sensiblemente las posibilidades de que todos los mexicanos encuentren las oportunidades de empleo que buscan dentro del territorio nacional.

La salida natural a la pérdida de oportunidades dentro del país ha sido la intensificación de la emigración hacia Estados Unidos, pero la crisis de esta nación, y las manifestaciones antiinmigrantes que genera, han creado tensiones entre ambos gobiernos por las indiscutibles repercusiones sociales y políticas que dicho fenómeno ocasiona. En el caso de México, constituye una válvula de escape que evita profundizar los problemas de desempleo y pobreza ya de por sí severos. En el caso de Estados Unidos, seguir aceptando flujos migratorios indiscriminadamente significa trasladar el desempleo y los problemas sociales que de él se derivan de México a dicho país; el desplazamiento de trabajadores nacionales de sus empleos; el abatimiento de los salarios y de los niveles de vida, y el fortalecimiento de la minoría latina como fuerza política, lo que eventualmente elevaría su poder en la toma de decisiones nacionales.

Aunque las presiones de la sociedad estadounidense para que ambos gobiernos intervengan y tomen medidas contundentes son cada vez más fuertes, la salida no es fácil. Por una parte, resulta difícil contener los contingentes humanos que emigran en busca de alternativas de subsistencia y controlar a los empresarios

que también las fluctuaciones económicas del lado mexicano tienen importantes repercusiones en términos de ingresos, producción y empleo para Estados Unidos.

33. T. Rendón y C. Salas, "El empleo en México en los ochenta: tendencias y cambios", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 8, agosto de 1993, pp. 717-730.

30. Datos tomados de R. Corona, "Migración permanente inter-estatal e internacional, 1950-1990", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 8, agosto de 1993, pp. 750-762.

31. *Ibid.*

32. En realidad en la franja fronteriza entre México y Estados Unidos existe una interdependencia regional binacional, lo que implica

locales para que se abstengan de contratar trabajadores ilegales, que representan ventajas extraordinarias en términos de costos. Por otra, el agravamiento de los conflictos sociales mexicanos ha dado lugar a una creciente inestabilidad política que amenaza la paz social. Esto es importante señalarlo porque la pérdida de estabilidad se traduce en vulnerabilidad económica y, consecuentemente, en la agudización del fenómeno migratorio; pero además, cualquier contracción de la actividad económica de México afecta considerablemente a Estados Unidos, por el número de empleos que dependen de sus exportaciones a este país.³⁴

La búsqueda de soluciones de fondo al problema ha acaparado el interés de ambos gobiernos. En diferentes momentos, Estados Unidos ha aceptado que la única manera de detener la emigración masiva de trabajadores ilegales es impulsando la industrialización y las exportaciones mexicanas, para cambiar la absorción de mano de obra por bienes de calidad estándar. En esta visión el Tratado de Libre Comercio (TLC) fue pensado como una estrategia que ayudaría a solucionar este problema de una vez por todas, abriendo por un lado las puertas estadounidenses a la producción mexicana y, por otro, abriendo las puertas de México a la inversión extranjera generadora de empleos. Sin embargo, los resultados obtenidos hasta ahora han diferido notablemente de las expectativas que se tenían, en parte, porque la inestabilidad política del último año y el alto nivel de riesgo no han permitido concretar los flujos de inversión productiva que eran esperados y porque los diferenciales de salarios entre ambos países continúan siendo muy elevados y siguen estimulando la emigración.

La inefectividad de las propuestas del gobierno federal de Estados Unidos para solucionar el problema migratorio ha originado respuestas regionales. En ese sentido, en los estados sureños que hacen frontera con México ha resurgido una nueva ola de racismo que en el estado de California alcanzó dimensiones alarmantes con el impulso a la Propuesta 187. Con ésta se intenta repatriar a todos los trabajadores mexicanos y de origen hispano que permanecen ilegalmente en territorio estadounidense modificando la ley para negar servicios asistenciales de salud y educación a los indocumentados y sus familias. La propuesta da lugar a un conflicto estatal-federal, pues esa ley viola los más elementales derechos humanos y la propia Constitución Federal de ese país, que establece el derecho educativo a todos los niños que vivan en su territorio, independientemente de su estatus socioeconómico, migratorio o de su origen. Adicionalmente, se han emprendido diversas medidas complementarias: incremento de sanciones a patrones que emplean trabajadores ilegales; mayor vigilancia fronteriza para reducir el ingreso de "braceros" y aumentar las repatriaciones; mayores exigencias para extender licencias de automovilistas (prueba de residencia y nacionalidad), y actualización de visas otorgadas a ciudadanos mexicanos. En general, se ha configurado un ambiente difícil para la población hispana, que ha desatado una fuerte ola de violencia contra estos grupos sociales.

Las circunstancias descritas han agravado los problemas de la frontera norte de México, muchos de los cuales resultan de la

34. Según el economista Julio Millán, en la actualidad aproximadamente 1 400 000 empleos generados en Estados Unidos dependen de las exportaciones a México.

concentración excesiva de población flotante que intenta pasar a la nación vecina o que es expulsada y permanece en la frontera para insistir en su objetivo. Según el Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos, en 1988 fueron deportados 892 000 mexicanos; en 1993, 1 189 000 y entre enero-octubre de 1994, 1 100 000. De esta última cantidad, la Secretaría de Gobernación señala que 380 000 correspondieron sólo a las garitas del estado de Baja California. Las presiones de concentración demográfica por esta vía provocan serios problemas sociales regionales: crecimiento del desempleo y del subempleo; disminución de los salarios por la existencia de una oferta excesiva de mano de obra; incremento de formas antisociales de convivencia como la drogadicción, la prostitución y la delincuencia, y aumento de los cinturones de miseria o "ciudades perdidas" carentes de los más indispensables servicios públicos que acentúan la inseguridad pública, la pobreza extrema y la pérdida de expectativas y valores.

Experiencias anteriores han demostrado que las devaluaciones del peso agudizan la problemática fronteriza.³⁵ Por un lado, provocan un crecimiento generalizado de precios que supera al registrado en el resto del territorio nacional, precisamente por el grado de integración a la economía estadounidense. Se trata de economías en donde la mayor parte de las transacciones son fijadas en dólares, lo cual no puede ser de otra manera, pues las importaciones provenientes de ese país constituyen un elevado componente de la demanda local. Esto incide inmediatamente sobre el nivel de vida de la población, cuyos ingresos reales descienden de un día a otro. Por otra parte, al encarecerse los precios de los insumos de un buen número de empresas e incrementarse rápidamente sus costos de producción, el efecto en el empleo es también adverso.

Las condiciones especiales de la región determinan que las políticas macroeconómicas tengan un efecto distinto y muchas veces en dirección contraria al que provocan en el resto de la economía.³⁶ Esto es especialmente válido con el manejo del tipo de cambio, cuyas repercusiones comerciales, a diferencia de lo que sucede en otras zonas del país, son contrarias a la lógica que dicta la teoría. Según ésta, la devaluación debe incrementar las exportaciones y reducir las importaciones; sin embargo, en la frontera norte no sucede así. La experiencia devaluatoria de 1982 ilustra cómo el ingreso neto por transacciones fronterizas tiende a disminuir en lugar de aumentar después de una devaluación. En 1981 el saldo neto fue de 186 millones de dólares y en 1982, año de la devaluación, fue de -141 millones. En 1983 y 1984, cuando el peso continuó devaluándose, las cifras fueron -38 y -191 millones respectivamente. La tendencia posdevaluatoria

35. A. Mungaray, "Internacionalidad del desarrollo regional de la frontera norte de México, 1960-1985", *Foro Internacional*, vol. XXIX julio-septiembre de 1988, pp. 85-107; D. Barrera y C. Melesio, "Crisis en la frontera: la devaluación del peso", *Antropología e Historia*, tercera época, octubre-diciembre de 1979, pp. 15-31, y R.J. Ramírez y A. Mungaray, "El impacto de la crisis cambiaria de 1982 en las relaciones económicas fronterizas: el caso Tijuana-San Diego", IIES-UABC, *Cuadernos de Economía*, vol. 1, núm 1, Tijuana, 1985, 26 pp.

36. A. Mungaray, "Un nuevo orden de cosas en la frontera norte de México", *Nuestra Economía*, vol. 1, núm. 3, septiembre-diciembre de 1989, pp. 31-44.

se ha caracterizado por una caída significativa de las ventas y compras al exterior, aunque en mayor medida de las primeras.

El efecto recesivo que causa la devaluación en la economía nacional da lugar a una desaceleración de la actividad productiva, a una caída del empleo y a la ampliación de las diferencias salariales entre Estados Unidos y México. Ello hace más atractiva la idea de trabajar en el país vecino y estimula los flujos migratorios hacia esa nación e indirectamente hacia la frontera. No obstante, en el marco del actual ambiente antiinmigrante, se puede esperar una explosión migratoria aún mayor en la región, como resultado del aumento adicional de los flujos provenientes del interior del país y de las mayores deportaciones.

CONCLUSIONES

Las condiciones en que se dio la devaluación reciente del peso evidencian la incapacidad para incorporar la información económica en la toma de decisiones. La sobrevaluación de la moneda, un fenómeno que técnicamente es perfectamente previsible y cuya corrección a tiempo permite evitar, o al menos aminorar sustancialmente, los efectos indeseables de una devaluación sobre la actividad económica y sobre el bienestar social, fue menospreciada. Se actuó con la convicción de que los abundantes flujos de capital y las elevadas reservas internacionales existentes permitirían emplear el tipo de cambio como un ancla para contener la inflación. Sin embargo, al crecer considerablemente los déficit comercial y de cuenta corriente, se alimentaron las expectativas devaluatorias, comenzaron a fugarse capitales y finalmente sobrevino el colapso.

Las experiencias devaluatorias recientes de México (1976, 1982, 1994) revelan que si bien los factores financieros relacionados con las fluctuaciones del mercado de capitales desempeñan un papel cada vez más importante en la determinación del tipo de cambio, la paridad del poder de compra sigue siendo un punto de referencia significativo para su fijación. Se ha observado la existencia de un vínculo fuerte entre sobrevaluación de la moneda por períodos prolongados, presiones devaluatorias crecientes y devaluaciones violentas. Así, aunque la afluencia de capitales y la existencia de considerables reservas internacionales permiten prolongar un período de sobrevaluación, tarde o temprano esta tendencia se revierte, sobre todo si la fortaleza monetaria se hace sostener en capitales especulativos e inversiones de corto plazo y no en un aumento de la capacidad productiva. La experiencia reciente indica que una afluencia abundante de capitales especulativos puede permitir un tipo de cambio sobrevaluado para apoyar la importación de bienes de capital y modernizar la planta productiva; empero si esto no se traduce en una mayor productividad y aumento del volumen exportable, los riesgos de sostener un proceso de sobrevaluación monetaria son altos y sus efectos son mayores sobre los sectores menos representativos de la sociedad.

El efecto que la devaluación tiene en las diferentes regiones de México no es el mismo, debido a que el grado de dependencia de las importaciones varía en cada una de ellas. En la frontera norte del país es quizá donde más se sienten los efectos negativos del encarecimiento del dólar. La vulnerabilidad de la economía

fronteriza emana de una alta integración con la economía estadounidense y una relativa desvinculación de la economía nacional. Esto deriva de la cercanía geográfica con Estados Unidos, que permite el abastecimiento de productos de todo tipo a precios más baratos que los nacionales, cuyas fuentes de abastecimiento suelen estar muy retiradas y ser costosas.³⁷ Su gran problema consiste en que es mucho más susceptible que el resto del país a las fluctuaciones económicas de Estados Unidos, pero también a las crisis económicas nacionales. Adicionalmente, su carácter de receptora de grandes flujos migratorios de mexicanos que no encuentran oportunidades de subsistencia en sus estados o que fueron expulsados de la nación vecina, ahonda esas debilidades. Así, la frontera se convierte en zona de grandes contrastes: por un lado, como fuente de desarrollo que brinda oportunidades para muchos pero no para todos, y, por otro, como fuente de pobreza extrema y marginación que se traduce en problemas de urbanización, salubridad, seguridad pública y descomposición social.

En el entorno actual, devaluación y 187 se convierten en dos fenómenos que profundizan la problemática fronteriza, porque tocan precisamente sus puntos más sensibles: la agudización de los problemas de concentración de bienestar y demográfica, que se esperaba fueran disminuyendo a medida que la economía se abriera al exterior. Sin embargo, en condiciones de economía abierta, persisten los añejos problemas fronterizos y las tensiones que provocan en las relaciones binacionales. La revisión de las experiencias recientes en la materia seguramente obligarán a reiniciar las negociaciones bilaterales sobre el asunto para buscar soluciones de fondo.

Al respecto se han hecho algunas propuestas que destacan la necesidad de avanzar en la integración económica regional, liberalizando el mercado laboral, lo que permitiría homogeneizar salarios y condiciones generales de trabajo en ambos países, desestimulándose con ello la migración.³⁸ Empero, esta propuesta enfrenta una gran oposición en la sociedad estadounidense, aunque una propuesta alternativa tendría que considerar estrategias y acuerdos que permitan un incremento más acelerado de las inversiones en México.

Finalmente, la necesidad de un trato diferenciado a la frontera norte del país tiene que ver con su condición de espacio regional de integración de dos economías con diferentes estilos de desarrollo y tradiciones culturales que hoy se encuentran asimétricamente en una interacción cotidiana. Sólo en este importante sentido, sus problemas económicos y sociales responden a condiciones especiales diferentes a las del resto del territorio nacional. Mientras este proceso de integración no se concrete plenamente, el dinamismo económico de la zona estará más vulnerable a las fluctuaciones provenientes de cada país y a un comportamiento social cada vez más contestatario. ●

37. A. Mungaray y P. Moctezuma, "El mercado de la frontera norte y las políticas de integración del consumo fronterizo a la producción nacional", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. L, núm. 4, octubre-diciembre de 1988, pp. 227-244.

38. F. Alva, "El Tratado de Libre Comercio y la emigración de mexicanos a Estados Unidos", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 8, agosto de 1993, pp. 743-749.